

ISSN: 0213-0610, pp. 141-156

LA INSOLACIÓN, DE CARMEN LAFORET: UNA NOVELA DE INICIACIÓN

Francisco J. Quevedo García

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Fecha de aceptación: 26 de julio de 2008

RESUMEN

En 1963, Carmen Laforet publica *La insolación*. Después de *Nada* y de *La isla y los demonios*, esta autora escribe una novela que tiene como protagonistas a unos adolescentes. La obra cuenta las aventuras de estos jóvenes en un pueblo mediterráneo, donde pasan los veranos. *La insolación* es una fantástica novela de aventuras juveniles y de aprendizaje de la vida.

Palabras clave: novela, adolescencia, aprendizaje.

ABSTRACT

In 1963, Carmen Laforet publishes *La insolación*. After *Nada* and *La isla y los demonios*, the author writes a novel whose main characters are adolescents. The book is about these teenagers' adventures in a Mediterranean village where they spend their summers. *La insolación* is a beautiful youthful adventure novel about life.

Key words: novel, adolescence, learning.

1. DE *NADA* A *LA INSOLACIÓN*

En 1963, ocho años después de haber publicado *La mujer nueva* (1955), Carmen Laforet saca a la luz *La insolación*, primer texto de los tres que tenía proyectados para componer una trilogía titulada “Tres pasos fuera del tiempo”, compuesta por *La insolación*, *Al volver la esquina* y *Jaque mate*. Determinadas circunstancias personales, algunas de mayor calado y otras que tenían que ver con un contexto que se empecinaba en retrasar la aparición de sus textos¹, hicieron que el proyecto se dilatará hasta el punto de que sólo se publicó en vida de Laforet la primera de las entregas. Si bien *Al volver la esquina*, que había sido trabajada bastante por la autora —incluso con galeradas corregidas— antes de su muerte el 28 de febrero de 2004, llegó a las librerías apenas tres meses después, en mayo de 2004, en una edición a cargo de Cristina Cerezales, Agustín Cerezales —hijos de la novelista— y de Israel Rolón Barada, especialista en la obra de Carmen Laforet.

Tras el éxito que alcanzó en 1945 con *Nada*, ganadora de la primera convocatoria del Premio Nadal en el año 1944, había pasado de ser una joven desconocida de veintitrés años a convertirse en gran protagonista de la novelística española de una Posguerra sacudida por la Guerra Civil. Las voces de elogio no se hicieron esperar, había algo de nacimiento de una estrella en el panorama grisáceo de la España postbélica. Recogemos de la detallada documentación que, sobre el particular, posee José María Martínez Cachero, estos comentarios rotundos:

Cabe decir que la acogida inmediata y menos inmediata que tuvo la novela hicieron buenos dichos elogios. Éxito de público, desde luego, que superó tal vez los de *La familia de Pascual Duarte* y *Mariona Rebull*; fue el libro más vendido de ese año; mereció en 1948 el académico premio “Fastenrath” y fue llevada al cine en dos ocasiones; añádase que en el otoño de 1945 se iniciaron en el Ateneo de Madrid (entonces llamado “Aula de Cultura”) unos juicios literarios a libros de reciente publicación: el primer libro juzgado fue *Nada* y la sentencia del tribunal, integrado por escritores, resultó favorable [...] algunos colegas tuvieron a bien manifestarse elogiosamente, caso de Zunzunegui, —para quien “C. L. es la revelación novelesca de estos últimos años”—, Cela —que juzga esta novela “como un intento muy importante y muy logrado de volver el género a sus prístinos orígenes”—, o Miguel Villalonga, que se sentía “poseído por su gracia inefable”. Igualmente, escritores de otros géneros, como José María Cossío —que llamó a *Nada* “admirable libro, amargo y hasta monstruoso”, uno de cuyos mayores méritos es “la incomparable energía gráfica del estilo”—, o Eugenio Montes quien, requerido por el periodista Julio Trenas, se expresaba así: “Es una gran novela. Sin duda la mejor novela contemporánea. La he leído con verdadero interés y he

encontrado un sólido temperamento de novelista. Lo mejor de *Nada* es su seria, inteligente observación de la vida; no se da aquí el caso de un novelista que escribe de memoria, imaginativamente. *Nada* posee un fondo de realidad humanísimo. (Martínez Cachero 1992: 23-24).

El *fenómeno* Carmen Laforet fue tal que exigió de una mujer con una personalidad bastante introvertida un contacto directo con la fama que no cuajó. Por el contrario, en vez de auparse a la cresta de la ola de una triunfal acogida a su *Nada*, y aprovechar esa dinámica para presentar en sociedad los nuevos títulos que los lectores entusiastas le solicitaban, se decantó por una vida literaria menos agitada, en alianza con un tono más pausado y silencioso que fue interpretado de múltiples maneras. En 1946, apenas un año después de publicarse *Nada*, contrae matrimonio con el joven escritor y crítico literario de la revista *Arte y Letras*, Manuel Cerezales, que la había animado precisamente a que presentara su manuscrito al Premio Nadal. De 1946, fecha de su matrimonio, a 1950 da a luz tres hijos, las tres niñas: Marta, Cristina y Silvia. Son datos biográficos éstos que, si se quiere hablar de ese supuesto distanciamiento de Carmen Laforet de la escritura —que nunca fue tal—, hay que tener muy en cuenta y no caer en suposiciones misteriosas, que no han conducido sino a marcar un antes y un después en la producción novelística de Laforet —*Nada* y todo lo demás—, cuando sería más apropiado referirse a una obra de conjunto, con constantes temáticas y formales muy enhebradas, sujeta a las distintas etapas que se iban configurando en la novela española.

Ahora bien, ese apartamiento favoreció una expectativa por parte de un público que siempre supo de las aptitudes literarias de Carmen Laforet y no se resignaba a sus silencios. En 1952, siete largos años después de su fulgurante éxito con *Nada*, la autora ofrece a sus lectores su segunda novela, *La isla y los demonios*, un relato con todos los aditamentos estéticos y temáticos de Laforet, donde no falta la crítica social sin estridencias pero acerada, y en el que incorpora un sentido homenaje a su niñez y a su adolescencia, tanto a las gentes con las que las compartió como a los espacios que fueron el escenario de estas primeras etapas de su vida. Ese lugar, la isla de Gran Canaria, es el marco narrativo donde se desarrolla una obra en la que de nuevo, como ocurría con *Nada*, se pone de manifiesto la relevancia que adquiere en su escritura el rasgo autobiográfico; aunque la autora ha manifestado que sus personajes son inventados², las concomitancias de los argumentos con sus experiencias personales dejan poco margen a la duda, sobre todo en sus tres primeras novelas. Esa relación vital con su obra se hace, si cabe, más acentuada en *La isla y los demonios*, al observarse en ésta un marcado reconocimiento de una experiencia insular de la que siempre se sintió regocijada. Estas palabras de su hijo Agustín Cerezales lo atestiguan de

forma inequívoca: «Carmen no dice adiós a las islas con tristeza, sino con la espléndida sonrisa que aún podemos contemplar en una fotografía [...] Hoy en día, si alguien se asombra de que no quiere volver a la isla donde vive su hermano Juan y conserva tantas y tan buenas amistades, es posible que mamá le dé la explicación: el recuerdo de aquella tierra, que fue un paraíso sin sentirlo, ocupa un lugar demasiado hermoso en su memoria. Es tan cristalino, completo, que sería una verdadera tontería arriesgarlo en la inútil aventura de un reencontrarse imposible» (Cerezales 1982: 15-16).

Se había hecho esperar la segunda novela de Carmen Laforet, pero no defraudó las expectativas que se habían puesto en la autora barcelonesa. La crítica no escatimó en elogios y se volvieron a repetir, incluso a incrementar, las alabanzas recibidas años antes cuando se dio a estrenar con *Nada*. De hecho, era importante que se corroborara que la capacidad técnica de Laforet expuesta en aquella primera entrega ganadora del Premio Nadal, no fuera fruto de una excepcional casualidad creativa, hecho hartamente improbable tratándose de una obra tan contundente literariamente como lo era *Nada*. Pero lo cierto es que *La isla y los demonios* demostró a los incrédulos que no estábamos ante una escritora de barro, sino ante una sólida narradora que manejaba las historias y, sobre todo, las técnicas novelescas con una habilidad prodigiosa; hecho éste que se generaliza en toda su producción. Recurrimos de nuevo a Martínez Cachero para sondear la recepción que se produjo en España ante la esperada segunda novela de Carmen Laforet:

La isla y los demonios, aparecida en medio de gran expectación en febrero de 1952, a la que hicieron honor tanto los lectores como la crítica; el volumen, que sacó la editorial Destino (número 64 de la colección “Áncora y Delfín”), iba rodeado por una faja que anunciaba: “La segunda novela de la autora de *Nada*”, y en una de las solapas de la cubierta se presentaba *La isla...* como “una prueba definitiva de su [de C. L.] excepcional capacidad creadora”. Las reseñas inmediatas que conozco, así como otros comentarios posteriores en fecha, confirmaron favorablemente dicha expectación [...] ¿Puede afirmarse, como se hizo con el título de una entrevista a la autora, que *La isla...* es superior a su compañera, lo que parece corroborar buena parte de la crítica, para la cual (en la línea de Agustí) es ahora cuando Carmen Laforet alcanza “madurez, seguridad y firmeza”? Mano diestra, así en la estructura —más trabada en las tres partes que la integran— como en la expresión —de mayor variedad y más cumplido ajuste al contenido—; descripción, ceñida y sugerente, del paisaje natural; personajes más perfilados. (Martínez Cachero 1992: 30-31).

La mujer nueva, su siguiente novela, no se hizo esperar tanto. En 1955 salía a las librerías esta obra que causó un revuelo espectacular. A finales de los años

40, principios de la década de los 50, Carmen Laforet había experimentado unas vivencias de tipo espiritual muy profundas. Había optado por una militante práctica católica que, naturalmente, se contempló en general muy bien desde los estrados del poder nacional-católico, no así desde las tribunas opuestas al régimen. El favor de una crítica que, ante sus dos novelas anteriores, había sido, prácticamente, unánime, se desarmó ahora en una suerte de contradicciones, y a pesar de ello, o con ello, fue galardonada con los premios Menorca (1955) y con el Nacional de Literatura (1956). Si bien *La mujer nueva* contiene algunas páginas, en concreto en la tercera parte, que parecen desdeñar la calidad literaria de su autora; también es verdad que en muchos momentos de la novela se aprecia el trazo brillante de la Laforet de siempre. De todos modos, *La mujer nueva* no se puede enjuiciar sin atisbar la presencia del determinante asunto de la espiritualidad súbita de una mujer descreída en la España de la Posguerra. Sin querer entrar en mayores consideraciones sobre *La mujer nueva* en este trabajo, no renunciamos a plantear una obviedad: la crítica en este caso, como por otra parte se esperaba dada la historia que se cuenta, se posicionó en dos bandos contrapuestos más por razones ideológico-religiosas que por cuestiones meramente estéticas. En la calle se alineaba la España confesional frente a la España renovadora, y ahí por medio se entrecruzaba Carmen Laforet con *La mujer nueva*, para dar pábulo a ese enfrentamiento. Lo que, más allá de una situación previsible dada la particular situación política española, no dejó de ser algo injusta para nuestra autora, a la que se le negaba la asunción de una conducta religiosa llevada a cabo como un acto de libertad llevado a cabo por una mujer inteligente y crítica. Esto pudo molestar mucho a determinados sectores desafectos al régimen que pudieron no entender que se encontraban, no ante un posicionamiento político, sino ante una verdadera asunción religiosa.

En cualquier caso, volvió a estar Carmen Laforet, ahora por otros motivos, en el centro de las miradas del panorama literario español, y se esperó otra vez con interés su próxima novela, que no defraudó en absoluto las expectativas; de hecho, para muchos de sus seguidores *La insolación*, publicada en 1963 —ocho años después de *La mujer nueva*— es su mejor obra. Su hijo Agustín, en el prólogo de *Al volver la esquina*, se hace eco de este juicio: «[...] *La insolación*, que a juicio de más de un cualificado lector era hasta hoy su obra cumbre» (Cerezales 2004: 10).

La insolación es la primera de las novelas que componían el proyecto de la trilogía *Tres pasos fuera del tiempo*, que se pretendía completar con *Al volver la esquina* y *Jaque mate*. El propósito era firme y alentador para nuestra autora, que manifestó en numerosas ocasiones su dedicación a esta empresa. Detengámonos en el prólogo que escribió justamente para *La insolación*, titulado con un significativo «Por qué de esta trilogía»:

Me siento obligada a explicar la concepción de estas novelas que forman la trilogía “Tres pasos fuera del tiempo”, pues creo que con ellas —bien o mal— mi trabajo de escritor entra en una nueva fase de creación más continuada, quizá más consciente, y es posible que a algún lector le interese, aparte del puro entretenimiento de las novelas, conocer también algo del juego intelectual que las ha motivado [...] Durante tres años he trabajado mucho para una sola novela: la que en esta Trilogía lleva el nombre de *Jaque mate*. El material acumulado para esta obra estaba, en mi imaginación, destinado al fuego. Era un material que iba a servirme de base, sólo a mí, para comprender ciertas reacciones psicológicas y ambientales necesarias. Un día vi que en estos datos tenía, terminadas, tres novelas diferentes. Tres novelas que constituyen, cada una de ellas, un mundo cerrado y acabado.

Siguiendo el orden de mi trabajo, con una técnica casi policíaca, yo debería de haber comenzado por publicar *Jaque mate*, después *Al volver la esquina* y sólo al final *La insolación*. He preferido, después de pensarlo, conservar el orden cronológico que enlaza los tres libros, en un procedimiento que los despoja intencionadamente de todo truco técnico.

Estos tres libros, *La insolación*, *Al volver la esquina* y *Jaque mate*, marcan tres momentos de la vida de un hombre y apuntan también tres momentos de la vida de estos últimos veinte años en España. (Laforet 1992: 44-45).

Como observamos, el plan de trabajo era bastante ambicioso. No en vano, su propósito era novelar sobre los veinte años transcurridos desde el inicio de la Posguerra —recordemos que la Guerra Civil concluye oficialmente el 1 de abril de 1939— hasta la recién estrenada década de los sesenta. Además, la idea de la que parte nuestra autora es la de coordinar esa evolución que se está produciendo en la vida española, con la experiencia de un personaje al que vamos a conocer desde niño, y al que le vamos a seguir su rastro hasta hacerse un adulto. Este personaje es Martín Soto, el adolescente protagonista de *La insolación* que se convertirá años después en una figura misteriosa en *Al volver la esquina*. Lamentablemente, la trilogía nunca vio la luz en su integridad³; la única novela de esta trilogía que se publica en vida de Laforet fue *La insolación*. Tras su muerte en 2004, como también hemos indicado en el comienzo de este trabajo, se publicó el segundo de los relatos de la trilogía titulado *Al volver la esquina*, gracias a la edición a cargo de sus hijos Cristina y Agustín Cerezales, y del investigador Israel Rolón Barada. Es paradójico que aquella obra sobre la que había escrito durante tres años, como hemos podido leer en sus declaraciones en «Por qué de esta trilogía», aquella *Jaque mate*, que iba a ser en un principio el primero de los libros en ser presentado, resultara a la postre, y hasta la fecha, un texto inédito. Ello, sin embargo, no obsta para que la trilogía, aunque incompleta, muestre esa revisión de la sociedad de Posguerra española a través de las historias que circundan a Martín Soto, el protagonista de *La insolación* y *Al volver la esquina*.

2. NOVELA DE INICIACIÓN

Conviene con todo no equivocarse. Ya hemos visto que *La insolación* no es una obra primeriza —en el caso de Laforet tampoco esto hubiera sido indicio alguno de menoscabo; *Nada*, la obra con la que debutó, es un clásico de la literatura española—, y que al decir de buena parte de la crítica, no sólo es una obra relevante, sino que es la obra cumbre de Carmen Laforet. Teresa Rosenvinge y Benjamín Prado escriben a este respecto:

Tras publicar *La mujer nueva*, Carmen Laforet inicia un nuevo y ambicioso proyecto, que es la realización de la trilogía *Tres pasos fuera del tiempo* que empezaba con la novela *La insolación*, publicada en el año 1963. Una novela que ocurre en un pueblo de España, un pueblo cerca del mar donde el protagonista, un huérfano de madre llamado Martín, va a pasar las vacaciones con su padre y su nueva familia. Muchos son los que dicen que *La insolación* es la novela mejor de Carmen Laforet, la que mejor está escrita y estructurada, la que mejores personajes tiene: su obra cumbre y última. Sin duda, se trata de una obra extraordinaria, una novela de iniciación emparentada, por su ambiente, su tono y su calidad, a libros como *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio. (Rosenvinge y Prado 2004: 82).

Sin entrar en más valoraciones, coincidimos con estos autores en que estamos ante una excelente novela y que, en efecto, es una obra de iniciación. Esta iniciación se entiende como el aprendizaje de vida de unos adolescentes en la particular situación social de la Posguerra española. El relato está protagonizado por tres niños —Martín Soto y los hermanos Carlos y Anita Corsi— que rozan ya la juventud, y que se ven inmersos en aventuras que tienen una relevante función iniciática. No en vano, *La insolación* se vincula con ese nutrido grupo de obras de la literatura de todos los tiempos y de todos los lares, en las que las peripecias de sus jóvenes personajes ahondan en la esencia humana. Teresa Rosenvinge y Benjamín Prado ya habían señalado el parentesco entre *El Jarama* y *La insolación*; pero no nos resistimos a ampliar mínimamente la nómina con las artimañas del *Lazarillo* y del *Buscón* de Quevedo, con el mundo de la adolescencia barojiano de *La busca*; y para extendernos hacia otras latitudes, con *El guardián entre el centeno*, de Salinger, y con la aventura de las aventuras, *La isla del tesoro*, de Stevenson. Unas palabras sobre *La insolación* de su autora nos ilustran acerca del alcance de esta novela:

La insolación, narra un primer impacto adolescente y completamente íntimo, con referencias apenas esbozadas sobre los años cuarenta, cuarenta y uno y cuarenta y dos en España. La narración es en apariencia un simple entretenimiento en que he tratado de dar el ambiente de arrebato y de interés que únicamente para un

muchacho, Martín Soto, tienen los personajes y los sucesos que se narran [...] forzosamente, por mi decisión de sacrificar a la claridad narrativa cualquier truco técnico, haya comenzado la trilogía por un impacto adolescente, por este tema que en sí puede tener interés, pero que por la cronología que retrato en *La insolación*, no es un exponente de una psicología adolescente de masa ni de ola del momento. En esta estampa de adolescencia he intentado dar solamente una base. La base, quizá insignificante y perecedera, de unas sensaciones y unos deslumbramientos que, en el estanque del contorno vital que rodea al protagonista, son apenas una piedra que produce ondas y alboroto sin dejar ver lo demás; pero al fin cae y queda en el fondo de esa ancha extensión. (Laforet 1992: 45-48).

La insolación narra la historia de un niño, Martín Soto, que vive con sus abuelos maternos tras el fallecimiento de su madre; su padre, Eugenio Soto, teniente del ejército franquista, cumple sus tareas militares lejos de su hijo. Al año aproximado de acabar la Guerra Civil, va en busca del hijo con su nueva mujer, Adela, un personaje bastante intrigante. Martín viajará con su padre y con su madrastra al pueblo donde residen, Beniteca, un pueblo mediterráneo junto al mar, en el que el sol se hace omnipresente; el título de la novela, lógicamente, tiene que ver con la presencia de este sol y de cómo afecta a la existencia de los habitantes de Beniteca y a sus visitantes, sobre todo a éstos. Allí en Beniteca pasará tres veranos, de los quince a los dieciocho años, junto a una pareja de amigos, los hermanos Carlos y Anita Corsi, que se convierten en sus cómplices de correrías, de aventuras, de iniciación a una vida que recién comienza para los tres. La amistad, las risas, el amor, el sexo, el misterio, la orfandad que los alía —los hermanos Corsi son también huérfanos de madre, como Martín—, son elementos que van desgranándose en la novela conformando un relato rico en experiencias.

Ya señalaba Carmen Laforet que *La insolación* «no es un exponente de una psicología adolescente de masa ni de ola del momento». En efecto, los Corsi no son precisamente lo que se podría denominar unos niños paradigmáticos de la Posguerra española, adoctrinados en la obediencia de la dictadura y en una educación de obligado mandato religioso católico. No, los Corsi se alejan mucho de esta estampa, y Martín tiene la suerte de que su padre no se entere a tiempo de esta realidad. Para cuando lo haga, ya será muy tarde; al menos será tarde para hacer que su hijo reniegue de sus misteriosos y extravagantes amigos. La lectura de *La insolación* ofrece, en primer lugar —se trata de una novela de niños en pleno proceso de crecimiento personal, con todo lo que ello tiene de descubrimientos—, el marco de la aventura adolescente como el mejor medio de configuración de sus personajes. Además, el espacio elegido, un pueblo costero, con el mar al lado, bañado por el sol veraniego, hace que se incentiven los juegos, los roces, las miradas de los chiquillos que están naciendo a la vida:

El sábado fue uno de aquellos días perfectos para Martín que caracterizaron —hasta borrar con su fuerza todo lo demás— su primer verano en Beniteca. Fue un día que ya en su comienzo tuvo una alegría impaciente dentro de él y una cita junto al portillo de la playa. Pasó la mañana bañándose con Carlos y con Anita bajo las rocas del promontorio del faro. Era el único lugar de la playa que encerraba algo de peligro, con peñas, corrientes, rumor de olas, charcos coloreados por el reflejo de los riscos y hasta una pequeña playa particular con una cueva al fondo que sólo tenía acceso rodeando a nado una barrera de rocas.

—Éste es nuestro “solarium”, ¿te gusta, Martín?

El nombre no estaba bien elegido. Quizás era el único lugar de la playa donde podían encontrarse sombras protectoras en el refugio de la cueva y hasta de los peñascos. Pero Martín aceptó el nombre y se sintió encantado. Ni siquiera pudo decir cuánto le gustaba. No sabía encontrar las palabras. Entre aquel aire lleno de pequeñas gotas de espuma que se deshacían al sol, luchó Martín con Carlos, apenas repuestos los dos de la fatiga que les hizo tirarse en la arena al llegar. Ah, pero fue una lucha amistosa. Ni uno ni otro sentían rabia aquella mañana, sólo el deseo de ejecutar los músculos, de probarse mutuamente. Anita les miraba con aire de persona mayor que arbitra un juego de niños. Fue ella la que decidió que Carlos era más fuerte y mejor luchador, pero que Martín, con su agilidad de anguila, era un contrincante difícil. Después se tumbaron los tres sobre la arena, boca abajo, hombro con hombro. Martín sólo con volverse un poco podía ver el perfil de Anita, graciosamente irregular, su mejilla llena quemada por el sol, con la sombra de las pestañas espesas, el trazo de una ceja inquietante y un poco de sonrisa o un poco de ceño. Y al otro lado estaba el brazo de Carlos, su dureza y su calor. Sin mirar a su amigo ya sabía Martín cómo era el conjunto de las líneas que formaban su cara.

Enfrente tenían el mar, pues a Anita no le gustaba tumbarse de espaldas al mar, sino mirándolo. Enfrente estaba la barrera de peñas golpeadas por las olas y el horizonte en el que algunas veces aparecía, muy lejana, la sombra de un vapor. (Laforet 1992: 102).

Junto al mar, donde hay cuevas que rastrear y sondear sus misterios; donde pasan barcos que navegan hacia lugares distantes; donde los niños nadan hasta la extenuación y pelean con sus juegos rituales para demostrar ante la mujer que los observa su valentía; donde los cuerpos se broncean, refulgen, y los anhelos sexuales se disparan invitando a una atracción imparable. El mar, y con él todo lo que le rodea, es un escenario mítico que sabe interpretar muy bien la autora para aliarse con él, de tal modo que se acentúa un clima idóneo para recrear la historia, la aventura que se cierne en la novela. En fin, contemplamos en *La insolación* todos y cada uno de esos síntomas de adolescencia impresos en las correrías de estos críos —Martín Soto y Carlos y Anita Corsi—. Se va afianzando esta relación a través de un cúmulo de situaciones varias que alientan el espíritu de aventura del relato. Una de estas historias que potencian el interés narrativo en

torno a nuestros personajes es el origen incierto de los Corsi. Ya su apellido escapa de los moldes tradicionales. Carlos y Anita tienen un apellido extraño por esos lugares. Su padre es un dandi cosmopolita que se dedicó en su juventud al circo, nada menos que al circo, otro motivo más para reforzar el aparato fantástico y aventurero en la novela. La madre de los Corsi ha fallecido, aunque se articula como leitmotiv un debate acerca de ello; sus hijos una y otra vez dudan, casi como si se tratara de un acertijo, de esa muerte y apuestan por un abandono familiar, en especial Carlos:

La cosa es que hasta poco antes de nacer Carlos, Corsi y Mari Pepa no pudieron casarse porque Corsi quería también matrimonio civil, aunque Mari Pepa se hubiese conformado sólo con el matrimonio católico.

—Pero luego nos abandonó, ¿verdad, Frufrú?

Carlos dijo esto con una falsa indiferencia que hizo que Martín le mirase. Anita también miró a su hermano con el ceño fruncido.

—¿Has visto, Frufrú, lo que dice este idiota?

Frufrú levantó sus manos haciendo ademán de espantarlos como a las gallinas.

—Carlos, ya sabes que Corsi me tiene prohibido hablar de muertes. Trae mala suerte eso. Mari Pepa murió y debes creerlo. Si viviese yo te lo diría... Ahora marchaos

—batió palmas para espabilarlos y, como no se movían, suspiró. (Laforet 1992: 102).

La percepción de la muerte en la adolescencia es otro asunto de sumo interés en el proceso iniciático que se lleva a cabo en *La insolación*. Para rematar el repertorio de los Corsi, aparece en escena un personaje femenino con un nombre tan cariñoso y estrafalario como lo es su portadora, Frufrú, antigua compañera de circo del padre de Anita y Carlos, convertida en su cuidadora ante las largas ausencias del progenitor de ambos. Frufrú representa ante todo la diferencia, el contraste con una sociedad pacata y constreñida como es la española de Posguerra. Una noche de San Juan, la gran fiesta entre las fiestas del verano, Frufrú decide salir con los chicos a la verbena del pueblo, donde su atuendo y su espíritu divertido, tan alejado de lo que debía ser el de una señora con sus años, casi una abuela dijéramos, causa el espanto y las chanzas de muchos, por no decir del resto, de los participantes en el espectáculo verbenero:

Frufrú causaba sensación mientras tanto. Entre la música y la gente y los pitos de feria, ella causaba sensación.

Martín oyó una voz guasona:

—¡Ahí va la máscara! (Laforet 1992: 314).

Los Corsi son, por supuesto, uno de los grandes aciertos de *La insolación*, grandes animadores del relato constituyen por sí mismos una fuente inagotable

de sorpresas para el protagonista, Martín Soto, que responde mucho más a una tipología normal de niño de la época —aunque también manifiesta una adicción a la pintura, poco apropiada para un hombre al decir de su padre⁴—. Martín, por lo tanto, se nos muestra más afín al niño posible lector medio de la novela. En este sentido, este protagonista se incardina en las inquietudes de sus lectores hasta el punto de que parece ser mediador entre ellos y las aventuras que el libro proporciona. Y así los convierte en partícipes de las experiencias únicas que está viviendo junto a Anita y a Carlos, miembros de una familia diferente, distinta a las convencionales que habitan a su alrededor; éstos tienen tantas cosas sorprendentes que contar que Martín parece estar asistiendo a una película de acción, con sus héroes y heroínas, que atraviesan por paisajes lejanos, nimbados de una aureola casi mágica, donde se desarrollan escenas que se le antojan poco menos que asombrosas:

Sus risas les volvían niños otra vez. Las risas de Carlos, las de Anita y las del mismo Martín. Le parecía a Martín que tenía los mismos recuerdos que sus amigos. Se preguntó si Carlos y Anita habrían llegado a conocer alguna vez, de verdad, a aquella Peggy, la mujer primera de su padre, que por alguna misteriosa razón siempre mandaba dinero: “*Si no llega el dinero de Peggy...*” “*Cuando llegó el dinero de Peggy...*” “*Peggy nos dio dinero...*” Martín había oído hablar de Peggy centenares de veces en aquellos tres veranos. Peggy en los relatos de Frufrú aparecía lo mismo montando a caballo que conduciendo un automóvil. En Estados Unidos, en Venezuela, en Argentina —países a un tiempo tan desconocidos y tan fáciles de imaginar en escenas de películas—, Peggy también en la finca del inglés, allí al lado de ellos, en cualquier conversación. ¿Cómo entenderían estas historias Eugenio y Adela si él, Martín, se las explicase? No las entenderían de ninguna manera. Y al señor Corsi, ¿lo entenderían si él les contara que de niño había conocido en un circo a Frufrú y de mayor había partido a Frufrú en varios pedazos a la vista del público en un escenario? Todo le parecía a Martín que lo había visto él con sus propios ojos. Y aquel mar casi del polo con trozos de hielo en Tierra de Fuego. Todo. Aquellos paisajes, aquellas vidas, aquellas personas eran también la vida del verano, como las lagartijas y los lagartos y las chicharras y los grillos y la calina brillante que comía los colores del día y convertía en humo los gestos. (Laforet 1992: 356-357).

Los ojos de Martín vuelan hacia esos mundos descritos en las conversaciones de sus amigos. Para éstos, son parte de su vida; para Martín, esos retazos familiares de los Corsi son narraciones fantásticas que lo llevan a disfrutar del verano como si estuviera en una correría detrás de los lagartos. Pero no todas las aventuras que acontecen a nuestros jóvenes personajes están tocadas por el halo de la fantasía, hay algunas muy reales que sitúan a *La insolación* como una obra en la que el compromiso social crítico se perfila con líneas muy marcadas.

Novela de adolescencia, sí, pero no por ello se deja de atacar una amalgama de asuntos, algunos realmente trágicos, que se enmarcan en ese periplo histórico de los primeros años de la Posguerra en España. Como consecuencia de esta toma de actitud literaria de Carmen Laforet, surgen por doquier en la novela contextos naturalistas como correlatos de una sociedad dominada por la carencia y donde hace mella la irracionalidad. La escasez de alimentos tras la Guerra Civil se hace presente de forma notable: «Oscuridad. El aire es luminoso y tibio en el invierno alicantino, pero Martín ve en todos lados una oscuridad que le hielan los huesos. Hambre, hambre devoradora. Un hambre como nunca ha tenido Martín, ni siquiera en tiempos de guerra. El pan es amarillo y pesado, se rompe al caer al suelo. La abuela dice que no puede comer ese pan y guarda su ración para el nieto» (Laforet 1992: 125).

Las peripecias de Martín Soto y sus amigos, Anita y Carlos Corsi, se entrecruzan en el entramado social que ha tejido Carmen Laforet de un modo muy realista. La novela se adentra en una temática complicada sin perder la frescura que le otorga la aventura vital de esos adolescentes en pleno proceso de crecimiento y de reconocimiento de la realidad, que van poco a poco desbrozando y viendo que contiene muchas fisuras y muchos interrogantes. La autora recrea múltiples testimonios en torno a ello, pero nos centraremos en uno que atraviesa buena parte de la obra, dotándola de una expectativa muy eficaz y reforzándola sobre manera en el compromiso moral y crítico que mantiene el relato desde el inicio. Es la historia de un *topo*, de un hombre escondido —en este caso en una habitación de la torre de la finca en la que residen los Corsi— por temor a ser ajusticiado por la represión que se ejerció en la Posguerra. Un hombre huido y atemorizado hasta los límites a los que lleva el miedo a la muerte, una muerte inminente, una muerte que está ahí, afuera, en la calle. Los *topos* personifican la máscara de la tragedia, del terror y del miedo en la España de Franco. Hombres sin nombre, que tuvieron que vivir sepultados en una especie de muerte en vida para evitar ser castigados por la barbarie de las represalias.

Carmen Laforet se hace eco de este hecho y lo inserta en *La insolación* como otra de las aventuras que llevan a cabo el trío de jóvenes protagonistas. El *topo* se llama Damián y es el marido de Carmen, la guardesa de la finca de Mr. Pyne, la *finca del inglés*, como se conoce a la residencia que han alquilado los Corsi en Beniteca para sus vacaciones de verano. En el pueblo se conoce a Damián como un rojo que se destacó por su crueldad asesina durante la guerra. Todos lo creen muerto o desaparecido, pero la verdad es que vive agazapado, escondido como un *topo* en una madriguera. Sólo los familiares más cercanos saben de su paradero y le proporcionan lo necesario para sobrevivir en esas tremendas condiciones de aislamiento. Por supuesto, cuando este personaje aparece en la novela, tanto su aspecto como su comportamiento distan mucho de ser el de una per-

sona normal; su tono de actuación es el de un desquiciado: «El hombre aquel con la gran boca entreabierta, pálido con una palidez de encierro en su cara, no decía una palabra ni hacía gesto alguno [...] Damián entonces hizo el ademán de que le cortaban el cuello, produciendo un chasquido con la lengua que llamó la atención de todos sobre él y sonriendo después de una manera tan espantosa que Martín sintió que se le ponía la carne de gallina» (Laforet 1992: 256-258).

La habilidad narrativa de Carmen Laforet hace que este acontecimiento, de naturaleza tremenda, se engarce en el desarrollo de una novela de aventuras, como lo es *La insolación*, contribuyendo a crear una enigma que es de sumo interés para el texto; no sólo porque incentiva la tensión del relato, sino porque favorece el proceso de iniciación, de compresión de la vida que están llevando a efecto Martín Soto y los hermanos Corsi. La historia se activa con unos extraños ruidos en la habitación de la torre:

Estaba diciendo esto cuando oyeron sobre sus cabezas el estrépito de un mueble que cae con un golpe sordo y clarísimo. Carlos puso la mano en el hombro de su hermana y señaló hacia el techo. Martín también quedó quieto, escuchando, aunque no se oyó nada más.

Anita frunció el ceño.

—No hay duda de que ha sido arriba. Y como sólo hay una habitación en el otro piso que es la de la torre, tiene que haber alguien allí. Las ranas no pueden producir un ruido así.

—¿Lo ves, Ana? Esos ruidos son los que me han inquietado a mí. Nunca he oído uno tan fuerte como ése, pero estaba seguro.

—¿Tú oías esos ruidos y Martín lo sabía y no habéis averiguado la causa aún? ¡Es extraordinario!... Ahora mismo vamos a saber qué pasa ahí arriba. Ya sé que no hay llave, no pongas esa cara, Carlos. Pero si no hay otro remedio subiremos por el tejado hasta la ventana, Martín y yo. Tú no, Carlos. No quiero que te rompas otro brazo o que te lastimes.

Después de indicar sus propósitos, Anita empezó a inventar su plan. Lo primero de todo, dijo ella, intentarían abrir la puerta de la torre, si encontraban en la casa un hacha para romperla, pero si no, había que pensar desde luego en la ventana. Anita dijo que era mejor asomarse por la ventana de la fachada delantera y no por aquella de detrás que tenía rota una reja. La primera era más accesible porque al borde del tejadillo, bajo ella, existía un canalón para el agua, donde podían apoyarse los pies parando una caída. Si se hacían bien las cosas, naturalmente, todo sería fácil.

Fue muy divertido dedicarse luego a buscar el hacha o una barra de hierro —como decía Anita— por toda la casa. (Laforet 1992: 253-254).

Como advertimos, Carmen Laforet hilvana con una soltura narrativa envidiable la historia trágica de Damián, el *topo*, con una aventura de adolescentes

repleta de los mecanismos propios de esa tipología literaria: el riesgo, el misterio, el plan para resolverlo, el atrevimiento de esos años inconscientes, y sobre todo la diversión. Así es esta novela de niños que van dejando de serlo a través de un proceso de iniciación vital, que recorre desde los primeros escarceos sexuales a la comprensión del significado de la Guerra Civil y de sus tremendas secuelas. Todo ello salpimentado por veranos cargados de playa, de sol, de risas y de andanzas propias de la edad. Vemos, sobre todo, en esta obra a una Carmen Laforet pletórica en sus facultades de escritora, acompasando la ágil narración al ritmo que marcan las peripecias de Martín Soto y sus amigos, Anita y Carlos Corsi, a través de los cuales se yergue este espléndido relato de descubrimientos personales y sociales que es *La insolación*.

BIBLIOGRAFÍA

- CEREZALES, A. (1982). *Carmen Laforet*. Madrid: Ministerio de Cultura. Dirección General de Promoción del Libro y la Cinematografía.
- CEREZALES, A. (2004). Historia de una novela. En C. Laforet, *Al volver la esquina* (pp. 7-11). Barcelona: Destino.
- DE LA FUENTE, I. (2002). *Mujeres de la posguerra*. Barcelona: Planeta.
- GALDONA PÉREZ, R. I. (2001). *Discurso femenino en la novela española de posguerra*. La Laguna: Universidad.
- ILLANES ADARO, G. (1971). *La novelística de Carmen Laforet*. Madrid: Gredos.
- LAFORET, C. (1992). *La insolación*. Madrid: Castalia.
- LAFORET, C. (1992). Por qué de esta trilogía. En C. Laforet, *La insolación* (pp. 43-48). Madrid: Castalia.
- LAFORET, C. y SENDER, R. J. (2003). *Puedo contar contigo: correspondencia*. Barcelona: Destino.
- MARTÍNEZ CACHERO, J. M^a (1992). Introducción. En C. Laforet, *La insolación* (pp. 7-40). Madrid: Castalia.
- PALOMO, M^a del P. (1958). Carmen Laforet y su mundo novelesco. *Monteagudo*, 22, 2-8.
- PÉREZ, J. W. (1983). *Novelistas femeninas de la posguerra española*. Madrid: José Porrúa Turanzas.
- QUINTANA TEJERA, L. M^a (1997). *Nibilismo y demonios: (Carmen Laforet: técnica narrativa y estilo literario en su obra)*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- ROSENVINGE, T. y PRADO, B. (2004). *Carmen Laforet*. Barcelona: Omega.
- VILLEGAS, J. (1973). La estructura mítica del héroe en la novela del siglo XX. Barcelona: Planeta.

NOTAS

- 1 «La autora hizo numerosas correcciones, que ahora se han incorporado, pero no cumplió lo prometido. Lo más verosímil —y alguna corrección o añadido apunta a ello— es que dedicada como estaba, simultáneamente, a la redacción de *Jaque mate*, quisiera esperar un poco para introducir ajustes que permitieran una más clara articulación con el libro siguiente. Los años habían propiciado nuevas perspectivas, y ello no podía sino influir, enriquecer y acaso complicar su ambiciosa indagación de la misteriosa danza que trenzan los recuerdos. Lo cierto es que un cúmulo de cir-

cunstancias, personales o no personales, iban a retrasar de nuevo la publicación del libro (aunque hoy no resulte fácil de entender, las continuas huelgas de correos y transportes que afectaron a Italia en esos años fueron, por ejemplo, uno de los motivos que la obligaron a interrumpir su estancia en Roma).» (Cerezales 2004: 8).

- 2 «No fue Madrid (“ese difícil Madrid”), como pretendía Juan Ramón Jiménez, el escenario de la segunda novela de Carmen Laforet, sino la isla de Gran Canaria, donde la escritora había vivido su infancia y adolescencia [...] Volvió a invocarse la condición autobiográfica de ciertos personajes y coincidencias paisajísticas, frente a cuyo señalamiento la autora, empecinada siempre en su libertad inventiva, respondió: “niego en redondo que mis novelas sean autobiográficas”, “tengo que dar un mentís rotundo a la afirmación de que los personajes de mi libro pueden ser localizados. Todos son criaturas e invención mías» (Martínez Cachero 1992: 30-31).
- 3 Ya hemos apuntado razones que pasan por cuestiones un tanto azarosas o anecdóticas —véase nota 1—; aunque también existieron problemas reales de salud. Es sabido que Carmen Laforet sufre una molesta dolencia en un pie que la lleva a una operación, tras la cual, y quizás debido a ella, comienzan a descubrirse los síntomas que la abocaron a la enfermedad senil que padeció en sus últimos años.
- 4 «—Qué, Martín, ¿te vienes con nosotros a Beniteca?
—Sí.
—Bueno, pero luego a estudiar. Tienes que ir a la Academia, ¿entiendes? Vas a ser un gran artillero, hombre. Cuando se te ensanche esa espalda, ya verás.
—Martín es un artista —dijo la abuela—, su deseo es llegar a ser un gran pintor. Y tiene talento. Nos lo han dicho muchas veces, no es chochera de viejos. Don Narciso el médico, que es un hombre muy instruido y conocedor de pintura, dice que este niño tiene algo de genial en sus dibujos y que convendría cuidar esa vocación.
—Le vendrá bien el dibujo en la Academia. Porque digo yo que no querrá que su nieto sea un pintamonas, ¿eh, doña María? Eso no es cosa de hombres, ¿eh, don Martín?» (Laforet 1992: 56-57).